

SEGUIR CON EL PROBLEMA: GENERAR PARENTESCO EN EL CHTHULUCENO DEL CYBORG COMO HOLOENTE Y EL ANTROPOCENO EN CUESTIÓN

AUTORA: DONNA HARAWAY. ED, CONSONNI, BILBAO, 2019.
RESEÑA POR: ÁNGELA CIFUENTES A¹.

Donna Haraway es sin lugar a duda una de las pensadoras contemporáneas más influyentes, abarcando variadas disciplinas, activismos políticos y campos de investigación que tocan e intersectan estudios de la ciencia, biología, filosofía, feminismos, ecología, artes y ciencias sociales. Su concepción del conocimiento indefectiblemente situado habilita vías de pensamiento que hacen estallar categorías inmóviles, dicotómicas y cerradas - como identidad, naturaleza/cultura, ciencia/fabulación especulativa -, proponiendo tal como hiciera en 1985 con su noción de cyborg, una apertura e incorporación antiesencialista de multiplicidades y diferencias.

La idea de *seguir con el problema* surge como respuesta a la intensificación reciente de discursos tecno-apocalípticos promotores de un *cinismo amargo* circulante en variados espectros de la sociedad - comunidad científica, crítica cultural, sectores políticos progresistas y la academia - que, subyugados bajo la premisa es *demasiado tarde*, no hacen más que desalentar y desactivar expresiones de deseo transformador. En efecto, el pensamiento de Haraway es tenaz al detectar una delgada línea entre reconocer la gravedad de los problemas y conformarse con un futurismo abstracto, con

“afectos de desesperación” y sus “políticas de indiferencia sublime” (p.24). Desde aquí, su propuesta de políticas no binarias y anti-dualistas que consideren lo material-corporal en sus múltiples enredos, límites y complejidades semióticas, concierne, aún cuando no sea su foco, la dimensión de los afectos en tanto fuerzas histórico-políticas imbricadas en las posibilidades de imaginar nuevos modos de existencia que superen los polos pesimismo/optimismo. Dice la autora: “Ni la desesperación ni la esperanza están en sintonía con los sentidos, ni con la materia consciente, la semiótica material o los terrícolas mortales en densa copresencia” (p. 24).

Seguir con el problema trata sobre prácticas que abogan por colaboraciones y ensamblajes insospechados, todo lo cual requiere generar parentescos inusuales, encuentros que involucran una *semiótica-material* siempre situada en algún lugar; concepto con el cual interpela resabios humanistas en pos de un continuo no antropocéntrico. Defiende, por tanto, un pensamiento que no se conforma con interpretaciones construccionistas de la realidad, pues, para la autora, ésta es algo más que una mera construcción, y como lo viene enunciando desde *Ciencia, cyborgs y mujeres*, compone una dialéctica que reúne discursos, representaciones, imaginarios y relaciones materiales entre entidades diversas. Su materialismo, más próximo a una herencia marxista, como ella reconoce, y no tanto al monismo spinozista de otras feministas contemporáneas como Rosi Braidotti, aborda las consecuencias corpóreas y concretas del poder, junto con la imperiosa nece-

1 Dra (c) en Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Integrante Laboratorio Transdisciplinar en Prácticas Sociales y Subjetividad (LaPSoS) y de la Unidad de Investigación de Género, Sexualidades y Psicoanálisis, del Programa Clínica y Cultura de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

sidad de generar modos de existencia alternativos al dominante. A su vez, impugna al marxismo su visión de las relaciones sociales basadas en el excepcionalismo humano, inclinándose hacia un horizonte poscapitalista, posantropocéntrico y posgenérico, desde el cual retoma la pregunta por la buena vida, es decir, una vida digna y compuesta por mutualidades, en un escenario de devastación medioambiental.

El Antropoceno, categoría geológica puesta en tensión por la autora a lo largo del texto, lejos de ser un destino, es un límite que demanda la urgente necesidad de generar *nuevos parentescos* entre múltiples seres - orgánicos e inorgánicos, humanos y no humanos, animales y maquínicos - que deviniendo *desecho* de la ruina capitalista, tienen la potencia para hacer surgir nuevos modos de acción a partir de esa misma condición: como *humusidades* que emanan de *com-post*, no *antropos* ni *homo* nos repetirá una y otra vez a lo largo del texto en un intento por singularizar su perspectiva a menudo categorizada como poshumanista. Replanteamiento ontológico agudo, por cuanto se sustenta en la generación de alianzas 'holoentes' que no remiten a relaciones instrumentales de mutuos beneficios, sino a relaciones afectivas tramadas en un *devenir-con*.

La palabra "problema, 'trouble' en inglés, deriva de un verbo francés que refiere 'suscitar', 'agitar', 'enturbiar': "vivimos (todos los seres sobre Terra) en tiempos perturbadores, tiempos confusos, tiempos turbios y problemáticos" (p. 19). Así comienza este inquietante y vitalizante libro que no sólo aborda las tensiones científicas sobre el Antropoceno, sino que habilita vías de pensamiento, imaginación y acción para la configuración de mundos multiespecies en una tierra herida. Vías posibles a través de configuraciones no lineales e inacabadas de temporalidades, espacios, materias y significados, donde no es suficiente la buena intención de dejar un mundo mejor a generaciones venideras, sino que estar presentes imaginando futuros posibles y efectuando modos de experimentación. Hecho científico e imaginación son condensados por Haraway en la sigla *SF*, la cual reúne y pone en diálogo, ciencia ficción, fabulación/feminismos especulativa(os), figura de cuerdas y ciencias, elementos que orbitan a lo largo del texto suscitando una red de conexiones y preguntas que incluyen hallazgos en biología, estética, obras litera-

rias y experimentos transdisciplinares.

En el primer capítulo, "Jugando a figuras de cuerdas con especies compañeras", propone el antiguo juego de cuerdas como metáfora y materialidad del método de rastreo o indagación de la autora. Hacer figura de cuerdas es seguir un hilo en la oscuridad, configurando patrones y ensamblajes que necesitan respuesta, una práctica *SF* que es a la vez proceso y figura de la continuidad, pues precisamente trata de dar, recibir, dejar caer hilos, fracasar y/o encontrar algo nuevo que transmita otros modos de conexión en una multiplicidad de seres. PigeonBlog, un proyecto que combina justicia medioambiental y artivismo, es uno de los ejemplos de Haraway sobre alianzas colaborativas entre humanos, organismos no-humanos y máquinas. Teniendo por objeto reparar las relaciones sociales deterioradas producto la contaminación del aire, humanxs, cyborgs y palomas se transforman en especies compañeras heterogéneas entre sí, que devienen interdependientes en una configuración relacional del mundo. En efecto, su propuesta sigue las ideas de configuración de mundo(s) del filósofo Alfred North Whitehead y la cosmopolítica de Isabelle Stengers, a partir de las cuales subvierte el camino de la mera denuncia - a menudo en nombre de un mundo inmóvil e ideal - para remarcar que las decisiones y sus procesos, deben tener lugar en presencia y consideración de quienes lidiarán con sus consecuencias.

En el capítulo 2 "Pensamiento tentacular: antropoceno, capitaloceno, chthuluceno", aborda el argumento de que el individualismo expandido a todos los dominios de la sociedad se ha mostrado incapaz de *pensar-con*. La noción de Chthuluceno²,

2 La autora aclara que la configuración de estos espacio-tiempos, reales y posibles, no están nombrados inspirándose en el monstruo Cthulhu - nótese la diferencia de ortografía - "de la pesadilla racial misógina del escritor de SF H.P Lovecraft, sino más bien en las diversas potencias y poderes tentaculares de la tierra y en las cosas reunidas bajo nombres como Nara, Gaia [...] una miríada de entidades-en-ensamblajes intraactivas, que incluyen a más-que-humanos, alteridades-no-humanas, inhumanos y humanos-como-humus" (p. 156). Habitar el Chthuluceno implica, entonces, el despliegue de estrategias de recuperación y recomposición "biológica-cultural-política-tecnológica sólida y parcial, que debe incluir el luto por las pérdidas irreversibles" (p. 157).

condición de posibilidad y espacio-tiempo donde acontecen alianzas holoénticas, revela su carácter simpoiético que, a diferencia de los sistemas autopoiéticos, concierne mundos vivos, mortales y agonizantes. El concepto de simpoiésis, sugerido primeramente por M. Beth Dempster en 1998, designa sistemas evolutivos generados de manera colectiva sin límites temporo-espaciales autodefinidos, donde información y control se distribuyen entre los componentes, siendo propicia para cambios sustanciales. Por su parte, los sistemas autopoiéticos son unidades autónomas 'autoproducidas', tienen límites espaciales y temporales autodefinidos, homoestáticos y predecibles. De modo que, según Haraway: "el individualismo limitado (o neoliberal) enmendado por la autopoiesis no es lo suficientemente bueno, figurativa ni científicamente" (p. 64).

Ante el escenario poco alentador nombrado en términos geológicos Antropoceno³, se pregunta: "¿cómo podemos pensar en tiempos de urgencia sin los mitos autoindulgentes y autogratificantes del apocalipsis, cuando cada fibra de nuestro ser está entrelazada en, y hasta es cómplice de las redes de procesos en los que, de alguna manera, hay que involucrarse y volver a diseñar?" (p. 67). Evocando la renuncia a pensar, que Hannah Arendt enunciara *Banalidad del mal* en su análisis del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann, podría derivar una realización del desastre anunciado por el Antropoceno, con sus genocidios, especidios, y extinciones masivas. Pensar no es un proceso para evaluar información sobre equivocaciones, aciertos o juzgar si los demás dicen la verdad, es la tarea y compromiso ético necesario que, en el sentido que Haraway da a Arendt, incluye tensionar la maldad de la negligencia presente en el debate de nuestra coyuntura

3 Término geológico que sustituye el Holoceno, que data desde fines de la edad de hielo hace unos doce mil años, el cual fue propuesto por Paul Crutzen y Eugene Stoermer para dar cuenta que las acciones humanas y transformaciones antropogénicas, datadas a mediados del siglo XVII, las cuales remiten al uso de la máquina a vapor y el uso masivo de combustibles fósiles, afectando aguas, rocas y atmósferas, tal como sugieren diversas evidencias sobre la acidificación y calentamiento de los océanos y su impacto en la descomposición acelerada de los ecosistemas de los arrecifes coralinos, el deshielo de los océanos polares, por mencionar algunos.

geohistórica: "Para Eichmann, el propósito importaba, el deber importaba, pero no así el mundo. El mundo no importa en la negligencia común y corriente [...] no había manera posible de que el mundo deviniera una 'materia del cuidado' para Eichmann." (p. 67-68).

Por tanto, el devenir de un mundo como materia del cuidado requiere implicación, resistencia y desnaturalización de los males administrados por los discursos tecnocientíficos, geopolíticos, académicos y cotidianos. Las setas *matsutake* - de acuerdo a la investigación de Anna Tsing evocada por Haraway - surgen en paisajes erosionados y muestran una supervivencia colaborativa, revelando modos de (co)existencia en un escenario de turbulencias medioambientales, de ruinas que conforman nuestro hogar colectivo: aquí donde el *capitalismo fragmentario* y de *acumulación salvaje* ya no pueden prometer progreso. Pero pensar en modos posibles de (co)existencia en este espacio-tiempo Antropocénico, no involucra algún tipo de política optimista - tal vez sí afirmativa -, ni de sosiego cínico ante el problema. Por el contrario, con Tsing y Arendt la brújula parece ser más bien un compromiso con el *vivir y morir bien* cultivando, recomponiendo y creando condiciones para una continuidad.

Ante la necesidad de cambiar la Historia, con autores como Thom van Dooren, Isabelle Stengers, Ursula le Guin y Bruno Latour, Haraway insiste en la labor de *pensar-con*, es decir, generar narraciones por fuera del cuento fálico del Ántropos-Hombre, enunciando la historia de la Vida Terrana que, desde sus acontecimientos, repeticiones y negligencias, nunca están clausuradas en un destino ni reducidas a divisiones purificadoras del tipo naturaleza/cultura. De acuerdo a Haraway, Stengers es inflexible respecto de ello, pues la historia de Gaia releva su *intrusividad* un poder temible y potencialmente devastador que atraviesa nuestras categorías de pensamiento, e incluso el pensamiento mismo:

Tierra/Gaia es creadora y destructora, no un recurso para ser explotado o una pupila para ser protegida, ni una madre lactante que nos promete nutrición. Gaia no es una persona, sino un fenómeno sistémico complejo que

compone un planeta vivo. La intrusión de Gaia en nuestros asuntos es un evento radicalmente materialista que aglutina multitudes. Esta intrusión no amenaza la vida en la tierra - los microbios se adaptarán, por decirlo suavemente-, sino que amenaza la habitabilidad en la tierra para una vasta cantidad de tipos, especies, ensamblajes e individuos en un 'evento' ya en curso llamado Sexta Gran Extinción (p. 78).

La 'sexta gran extinción' nada tiene que ver con fantasías paranoides del fin del mundo, sino con la amenaza real de extinción de entre un 50 y 90 % de la biodiversidad actual, tal como ha ocurrido - según estudios geológicos - con eventos de extinción masiva anteriores, sólo que esta vez mucho más rápidamente. En su seguimiento a la trayectoria científica del concepto Antropoceno, la autora destaca que el capitalismo global y sus lógicas extractivistas han declinado en la aceleración del agotamiento de recursos, potenciando la inestabilidad de los sistemas humano-terrestres, todo lo cual constata que el paradigma socio-económico actual, constituye una real amenaza. Desde ahí, la noción Capitaloceno surge, según la autora, desde el lenguaje del marxismo fundamentalista que con sus tramposas explicaciones de la Modernidad, Historia y el Progreso, es sujeto a críticas similares que el concepto anterior. Con Philippe Pignarre e Isabelle Stengers remarca que la denuncia no es ni ha sido suficiente, pues de lo contrario el capitalismo hace mucho hubiera desaparecido, siendo necesario resistir a la impotencia, al *hechizo de la desesperación*, colindante con el cinismo y optimismo vacío propagados por el discurso de la creencia v/s incredulidad propio de la idea de Progreso.

El concepto Chthuluceno, a diferencia de Antropoceno y Capitaloceno, se resiste al ejercicio lineal de datación geológica o a la resignación ante un orden de dominación infinito e insuperable, reclamando una miríada de nombres que la autora reconoce no sólo en la Gaia de Latour o Stengers, sino que también en *Los mil nombres de Gaia* de Eduardo Viveiros de Castro y Déborah Danowski, antropólogos y filósofos brasileños que exorcizan la persistencia en concepciones arraigadas en la

Antigua Grecia y culturas europeas exclusivamente. Múltiples nombres que emanan en los pueblos originarios de América, invocando un Chthuluceno conformado por historias y prácticas donde los humanos no son únicos actores relevantes, sino también el resto de bichos. De modo que, mientras los discursos del Ántropos y el Capitalismo juegan un juego llamado *game over*, el Chthuluceno juega figuras de cuerdas buscando propagar formas insospechadas de cuidado multiespecies.

En el capítulo 3, "Simpoiesis: simbiogénesis y las artes vitales de seguir con el problema" la autora proporciona diversos ejemplos de conexiones entre saberes y prácticas en biología ecológica, artes y activismos, que abogan por la persistencia y resurgimiento multiespecies a partir de 'holoentes', entidades o bichos que establecen nudos poliespaciales y politemporales. no preexistentes a sus relacionalidades, con múltiples grados de aperturas a acoplamientos en un proceso semiótico-material. Algunos ejemplos son los 'holobiotomas' - concepto de la bióloga Lynn Margulis - de los arrecifes de coral, conformados por sistemas complejos, receptivos, dinámicos e históricamente situados, entrelazados en un proceso de *simbiogénesis o simpoiesis*.

Las interacciones bacterias-animales, sirven a la autora para dar cuenta de holobiontes cuya organización simbiótica de la vida se contrapone a la visión de unidades delimitadas por la anatomía, psicología, genética, perspectivas evolucionistas e inmunología. Pero, además, los holoentes atestiguan el lugar de una *respons-habilidad* basada en una ética feminista donde afecto, *enredo* y ruptura, son las condiciones de posibilidad para el surgimiento de otros modos de existencia. Como práctica-pensamiento *SF*, la autora evoca de manera transversal la imagen de tentáculos desplegándose, que actúan mediante el (re)surgimiento de fuerzas intrusivas y transformadoras. En efecto, las configuraciones de mundos en el Chthuluceno serán propiciadas por lxs *chthónicxs*, habitantes "presentes en una multitud de idiomas, historias, y proyectos de pueblos indígenas decoloniales, fundamentales para imaginar "historias de alianzas" (p. 116). Así, con Viveiros de Castro, Haraway evoca un materialismo sensible ajeno a la categoría de creencia atrapada en

disputas religiosas, seculares cívicas y académicas. Dicho de otro modo, una sensibilidad chthónica no consiste en *crear*, por ejemplo, en el mundo espiritual, pues concierne una semiótica-material que reúne movimientos, empujes, afectos, atracciones y acoplamientos tendientes a modos de relación que contrarrestan conceptos fijos y deterministas reproducidos por las estructuras coloniales. En consecuencia, *devenir-con* dista de ser un camino prescriptivo acerca de una vida idílica, operando en base a sensibilidades, contradicciones, tensiones y apertura a lo imprevisible del acontecimiento.

En el capítulo 4 “Generar parentesco: Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno”, la autora agrega la noción Plantacionoceno que considera la devastación y transformación de la diversidad de granjas, bosques y suelos a partir de la proliferación de plantaciones extractivistas de grandes corporaciones, basadas en explotación y esclavización laboral. Basta recordar que la plantación esclavista conformó el modelo de producción basado en máquinas dependientes de combustibles fósiles, lo cual es citado en las investigaciones como punto de inflexión en el Antropoceno. Actualmente, el Plantacionoceno se ha intensificado en la industria de la carne, la agropecuaria de monocultivo y la sustitución de bosques multiespecies por cultivos como el aceite de palma, a los cuales podemos agregar la industria forestal que intensifica la acidificación de suelos, escasez de agua, además de usurpaciones territoriales y violencia hacia los pueblos originarios y de todo quien se oponga.

Ante un escenario de irreversible destrucción que se estima afectará no sólo la inmensa cifra de personas - once mil millones a finales del siglo XXI -, sino también otras especies, la autora propone el slogan *generar parientes, no bebés*. Este, incluye como *precedente* ¡Cyborgs para la supervivencia terrestre!, pero esta vez pone énfasis en la necesidad de generar otros tipos de parentesco. Si bien resalta el papel que han tenido feministas antirracistas, anticapitalistas, anticolonialistas y queers de todos los territorios en el movimiento por los derechos sexuales, reproductivos y de la salud, al resistir a lenguajes y políticas de control biopolítico

de la población, la autora señala que algunos feminismos no han otorgado suficiente importancia al problema de la *Gran Aceleración* de la cantidad de humanos, debido a un miedo de caer en la ciénaga del racismo, clasismo, nacionalismo, modernismo e imperialismo. Pero ese miedo no debe paralizarnos, nos dice Haraway, pues es urgente hacer de la categoría *pariente*⁴ algo más que entidades enlazadas por ancestros o genealogía, apuntando hacia un desplazamiento desfamiliarizador.

En el capítulo 5 “Inundada de orina: DES y Premarin en respons-habilidad multiespecies”, retoma su noción de cyborg para distanciarse de algunas lecturas que acuñaron el término en la literalidad una hibridez máquina-organismo, aclarando que se trata más bien de “entidades imploradas, densas ‘cosas’ semiótico-materiales” (p. 161). Es decir, se trata tanto de: *máquinas* históricamente situadas, donde conceptos como información y sistemas conforman la vida y muerte cyborg; *organismos particulares* históricamente situados, teñidos por los lenguajes de sistemas de trabajo, la energética y la comunicación; y tipos particulares de *seres humanos* históricamente situados, que *devienen-con* prácticas y artefactos de la tecnociencia. Tres aspectos que componen partes conectadas de manera parcial que no suman un todo, sino mundos estratificados, enredados e incompletos, que aparecen y desaparecen: “Los cyborgs están constitutivamente llenos de bichos multiescalas, multitemporales y multilaterales de persuasiones con y sin vida. Los cyborgs importan en la configuración terrana de mundos” (p. 162). De modo que el cyborg no se reduce a prótesis tecnológicas, pues colindante con el holoente, se imbrica a desechos y bichos en una camada *queer*, persistentes en recomposiciones, cuidados y futuridades indisciplinadas.

En este capítulo, la noción de *desecho* remite a una multiplicidad de participantes en la historia de las hormonas naturales y sintéticas. Desde su

4 Haciendo alusión al juego de palabras de Shakespeare entre “pariente” [kin] y “tipo”, “gentil” [kind], señala: “los más gentiles no eran necesariamente parientes de sangre; generar parientes y tipos (en tanto categoría, cuidados, parientes sin lazos de sangre, parientes colaterales y muchos ecos) expande la imaginación y puede cambiar la historia” (p.159).

experiencia de cuidados multiespecies, recorre la historia del dietilestilbestrol (DES), un *pharmakon* compuesto de estrógenos sintéticos empleados durante décadas para tratar la incontinencia urinaria, y del Premarin⁵, un medicamento elaborado de estrógenos naturales extraídos de orina equina empleado para terapia de reemplazo hormonal, explorando las complejidades de la configuración de mundos cyborgs y cómo lo natural y artificial en el campo de las hormonas sexuales continúa transformándose.

De modo que, las hormonas sexuales son pensadas por la autora, una vez más, como semióticas-materiales que demandan a los feminismos no conformarse sólo con el constructivismo de género, por cuanto las materialidades de los cuerpos se hacen hablar - no por ello reproduciendo esencialismos - , cada vez que se sale de territorios en los que pese a existir una voluntad de rechazarlo, esbozan resabios de humanismo y antropocentrismo: “no es de extrañar que biólogas feministas como yo entendamos nuestras políticas y nuestras psiques inexorable y diversamente materiales de maneras con las que Foucault difícilmente hubiera soñado” (p. 167). Es más, Haraway enfatiza que la industria farmacéutica que se ha enriquecido mediante el mercado de los estrógenos, producción ilimitada de capital a expensas de sufrimiento animal, envenenamiento de mujeres y destrucción del ecosistema, no se habría ralentizado, e incluso en algunos casos, detenido, sin acciones subversivas de parte de movimientos encarnados, como relata la autora. Historias de des-sujeción que, aún cuando proporcionan villanos, “también dieron abundantes razones para sofocar la certeza de la maldad y explorar las complejidades de la configuración de mundos cyborgs” (p. 178).

En el capítulo 6 “Sembrar mundos: una bolsa de semillas para terraformar con alteridades terráqueas” a través de relatos *SF* sobre semillas de acacias y

hormigas que incluyen la narrativa de Úrsula Le Guin, Octavia Butler e investigaciones de la bióloga Debora Gordon, urde ciencia ficción y hechos científicos en tanto dominios coextensivos. Al enunciar la idea de ‘plantar semillas’ no remite a una metáfora que resalta meramente algo así como el don de las prácticas ecológicas, sino que se pregunta por la relación entre materia y técnica:

En la modalidad feminista *SF*, la materia nunca es ‘mera’ técnica para la semilla ‘formadora’ [...] materia es una palabra poderosa, conscientemente corpórea, matriz y generatriz de cosas [...] ‘materia’ como fuente, suelo, flujo, razón y las cosas resultantes - la materia de la cosa, la generatriz que es fluida y sólida a la vez, matemática y carnal (p. 186).

De ahí que su pregunta apunte a cómo localizar semillas para *terraformar* propendiendo un mundo en recuperación a través de prácticas *respons-hábiles* que, lejos de una cándida moral que promulga un deber-ser benévolo, resista a las nuevas tecnologías de aniquilación.

En el capítulo 7 “Una práctica curiosa”, Haraway aborda el trabajo de su colega y amiga Vinciane Despret, filósofa y científica que realizó una observación etnográfica de científicos, sus campos, prácticas, y cómo hacen de sus objetos de investigación un asunto interesante y provocador. La autora señala, respecto de Despret, que su visión epistemológica compromete una posición ética en tanto indagación amable que pone a disposición el “cultivar la virtud salvaje de la curiosidad; de resintonizar la propia amabilidad para sentir y responder” (p. 196). Despret interroga investigaciones donde los participantes son provistos de naturalezas y habilidades preestablecidas. Así por ejemplo, el trabajo de campo del ornitólogo Israelí Amotz Zahavi, ilustra prácticas específicas de observación, narración y vivacidad de quien/que es observado, entramadas en algo más que una cuestión de visiones de mundo, diseño, marco interpretativo, u otro plano exclusivamente discursivo. En efecto, lxs participantes son afectados al ser observadxs por lxs investigadores, y viceversa, es decir, generan *mundos expandidos*, narrados en base a

5 Desde la historia del Premarin, Haraway releva diversas prácticas de resistencia, amparadas, algunas de ellas por la ciencia, para demostrar que efectivamente los estrógenos prescritos masivamente a mujeres en período de menopausia, no sólo no previenen las enfermedades coronarias como prometían, sino que se relacionan con un incremento de éstas, provocando infartos, coágulos sanguíneos y cáncer de mama.

proposiciones antes no disponibles, enredándose en relaciones móviles de *sintonización dinámica*, donde quien se dirige a observar no lo hace a alguien/algo, sino que intenta observar-con, creando y haciendo emerger nuevas preguntas.

La autora releva además los trabajos de Despret, Jocelyne Porcher e Isabelle Stengers, los cuales atestiguan la observación de trabajo colaborativo interespecies, e insisten en la pregunta por el lugar del pensamiento en nuestra civilización. Así por ejemplo *Women who make a fuss: the unfaithful daughters of Virginia Wolf* de Despret y Stengers, incita a salir de los caminos predecibles del pensamiento, para - en palabras de Haraway - cultivar la *respons-habilidad* que, lejos de ser una práctica heroica, involucra “abrir versiones para que las historias puedan continuar” (p. 201). En definitiva, trabajos que llevan a nuestra autora a insistir en la importancia de los pensamientos, conceptos e historias con que pensamos.

En el capítulo final “Historias de Camille: niñas y niños del compost” la autora evoca un relato construido junto al cineasta Fabrizio Terranova y Vinciane Despret, en un taller sobre ‘gestes spéculatifs’ dictado por Isabelle Stengers en 2013. A través de sus personajes cyborgs y simbioses bichos-humanos, propone modos de acción, socialidades y materialidades decisivas para vivir y morir bien en un momento límite de la desaparición. Las protagonistas de esta ficción son *las Comunidades del Compost*, emergentes en todo el planeta a principios del siglo XXI en territorios dañados, comprometidas para dar respuesta y sembrar formas de devenir *respons-hábiles*. En efecto, una de las finalidades de las *comunidades del compost* era lograr otros modos de generación de parientes, contribuir al equilibrio de la cantidad de humanos y establecer conexiones arraigadas en luchas decoloniales, anti-racistas y queers, efectuando diversas prácticas de justicia medioambiental multiespecies. Comunidades empeñadas en impugnar el excepcionalismo humano amparado en una estructura reproductiva heterosexual y biparental, generando modos de relación y prácticas chthulucenas heredadas que habían sobrevivido a las políticas de aniquilación en el Capitaloceno y Antropoceno.

Lejos de esbozar una narración redentora sobre triunfos idealizados de una especie/género dominante, las *Comunidades del Compost* no eran movilizadas por la idea de reiniciar desde cero, sino más bien por un instigador afán en desplegar prácticas vinculantes en medio de las ruinas capitalistas. En definitiva, una historia que trata no sólo de relaciones entre quienes buscan la supervivencia, sino la recuperación de seres y especies en riesgo producto del irreversible cambio climático y devastación extractivista. De este modo, durante la cuarta y quinta generación de Camille -protagonista de la historia-, las *Comunidades del Compost* construyeron una red mundial de refugios multiespecies, propiciando parcialmente el florecimiento de una diversidad *naturocultural*.

A través de este libro, Haraway, con la ironía blasfematoria que la caracteriza, insiste en que *seguir con el problema* nos conduce a desplazar la mera denuncia a la urgencia de actuar, trazando vías posibles de persistencia y transformación vital frente a la experiencia de desamparo y “amenaza de nuestros refugios”, en el decir de Anna Tsing. Lejos de aquellos discursos que proclaman verdades universales, con su pensamiento tentacular, situado y espiral semiótico-material de cyborgs-holoentes, Haraway nos conduce por senderos alternativos a nuestro espacio-tiempo Antropocénico, promulgando *respons-habilidad* y *devenir-con*.

Una lectura fundamental no sólo para el campo de los sciences studies, ecología política o feminismos, sino también para todo afán investigativo transdisciplinar que, en el campo de las ciencias sociales, no se contente con perspectivas prescriptivas, conceptos anquilosados ni prácticas clausuradas en un deber-ser. Por cierto, al incitar impugnaciones a las representaciones hegemónicas, pensar-con es hacer del problema un asunto epistémico, pero ante todo, impele a la con-formación de mundos en alianzas con múltiples alteridades. Es quizás la herida narcisista infligida al Antropos falocéntrico-colonial, reproducido una y otra vez en perspectivas dicotomizantes - naturaleza/cultura, individuo/sociedad, mente/cuerpo... - , el gesto que da lugar a potencialidades e inclinaciones sensibles hacia prácticas de investigación que nos permitan

“hablar desde mundos situados, [pues] ya no necesitamos comenzar desde una patrilínea humanista, sus borraduras insolentes y sus actuaciones en la cuerda floja” (p. 203).